

Teoría política, ciencia política y política*

Ruth W. Grant[†]

© 2002 Sage Publications. Traducido al Español bajo autorización del editor original SAGE Publications Inc. en acuerdo entre SAGE Publications Inc. y Crítica Contemporánea.

Hace 40 años Isaiah Berlin publicó un ensayo en el que planteaba que, por el tipo de preguntas que propone, la teoría política nunca podría llegar a ser una ciencia. Las preguntas normativas se hallan entre las que “*se mantienen obstinadamente filosóficas*” y lo que es “*característico de las preguntas específicamente filosóficas es que ellas no ... satisfacen las condiciones requeridas por una ciencia independiente, la principal entre ellas es que el camino hacia su solución debe estar implícito en su formulación misma.*” (Berlin 1978, 147). Según Berlin, tanto las ciencias formales como las empíricas cumplen estas condiciones, y la teoría política no. Durante los últimos cuarenta años en los Estados Unidos, la teoría política ha crecido considerablemente más rápido dentro de los departamentos de ciencia política que dentro de los departamentos de filosofía. Actualmente, un ochenta y uno por ciento de los teóricos políticos profesionales se encuentran trabajando en departamentos de ciencia política¹. Esta inflexión de la historia académica, lejos de indicar que Berlin estaba equivocado, simplemente hecha luz sobre el tópico que el tan fehacientemente explicó. La teoría política como área de estudio se mantiene “obstinadamente filosófica”.

En un nivel práctico, por supuesto, esto representa una fuente de considerables niveles de frustración tanto para los científicos como para los teóricos políticos. Para los científicos políticos, los desacuerdos perpetuos entre los teóricos políticos y las repetidas reconsideraciones acerca de los mismos temas, son indicadores de que los teóricos políticos carecen de criterios significativos para evaluar lo que constituye una buena investigación. Peor aún, carecen de criterios porque no tienen idea de lo que significaría que la investigación progrese en su propio campo. Por su parte, los teóricos políticos ven su trabajo evaluado por personas que creen que toda investigación debe ser “de punta” y que su objetivo es producir nuevo conocimiento; creencia que ellos usualmente no comparten.² El problema práctico es que los teóricos políticos hacen

*Grant, R. W. (2002). Political theory, political science, and politics. *Political Theory*, 30 (4), 577-595. Copyright © (2010) by SAGE Publications, Inc. Reprinted by permission of SAGE Publications, Inc.

[†]NOTA DE LA AUTORA: Quisiera agradecer a Douglas Casson, Peter Euben, Michael Gillespie, Stephen Grant, Robert Keohane, Donald Moon y Stephen White por sus comentarios que llevaron a mejorar este ensayo de manera sustancial

¹En 1973, 11,2 por ciento de los miembros de la “American Political Science Association” se identificaron a si mismos como teóricos políticos. En 1999, la cifra había crecido a un 18,9 por ciento. En 1976-77, el 5,3 por ciento de los incluidos en el “Directory of American Philosophers” se identificaron a si mismos como filósofos políticos. En 1998-99, la cifra era del 6 por ciento. Agradezco a Alisa Kessel por recolectar estos datos.

²Por supuesto, las preguntas de que cuenta como progreso en la ciencia y las de cómo se da el progreso científico son preguntas también controvertidas. Ver Hacking 1999, especialmente las páginas 68-80 y Lakatos 1970.

investigación humanística dentro de una disciplina de las ciencias sociales. Esta es una afirmación discutible, por supuesto. Alguien podría objetar, contra Berlin, que la distinción adecuada no es entre filosofía y ciencia sino, entre ciencias humanas y ciencias naturales. O, entre ciencias interpretativas y ciencias experimentales.³ O, que la teoría política debe ser diferenciada de las indagaciones humanísticas en gran medida debido a que la política es su tema en cuestión. Pero, en el mejor de los casos, a fin de poder discutir, permitámonos aceptar la premisa de aquellos críticos de la teoría política cuya objeción fundamental es que como la teoría política no es una ciencia, esta no puede pertenecer a una disciplina avocada al estudio sistemático y científico de los fenómenos políticos. A los ojos de sus críticos, la investigación en teoría política se asemeja mucho más a la investigación humanística que a la investigación científica.

El problema práctico que esto presenta puede ser adecuadamente resuelto a través de la reorganización institucional, haciendo sentir a todos considerablemente más cómodos. Pero, los problemas teóricos que esto genera no pueden ser resueltos de esta manera. Incluso, el descontento puede resultar productivo y hacernos enfrentar dos importantes preguntas. ¿Qué es la investigación humanística? Y ¿debe el estudio de la política incluir una investigación de este tipo? La primera pregunta es relevante para las humanidades en general ya que las universidades más importantes conceptualizan cada vez más la investigación como si las ciencias duras fueran las que proveyeran el modelo más apropiado para la misma, y utilizan cada vez más el lenguaje comercial para referirse a la investigación científica. Una descripción típica de la empresa investigativa de una universidad debe referirse a la inversión en investigación que resulta en productos de investigación en forma de nuevo conocimiento, preferentemente del tipo que obtiene aplicaciones útiles.⁴ Los Investigadores en humanidades encuentran difícil reconocer su actividad en investigaciones de este tipo. La segunda pregunta es particularmente acuciante tanto para teóricos políticos como para científicos políticos ¿Podemos saber qué es valioso estudiar únicamente a través de métodos científicos de investigación? Para tratar esta pregunta supongamos que Isaiah Berlin estaba en lo cierto y que la teoría política no será nunca una ciencia y no debería aspirar a volverse científica. En este caso la pregunta podría ser reformulada: ¿es la investigación en teoría política valiosa, o puede la política ser adecuadamente comprendida sin ella?

Lo que sigue es un intento de arrojar luz sobre dos tópicos: el carácter de la investigación humanística y su importancia para el estudio de la política. La discusión no es ni completa ni particularmente original.⁵ Ella intenta articular algunas de las asunciones más comunes, pero generalmente no enunciadas, que guían los modos en que los que se conduce la investigación en teoría política. También, apunta a definir los quehaceres teóricos que debemos enfrentar si pretendemos entender nuestra propia actividad. Comencemos con las acusaciones hechas a la investigación en humanidades por aquellos que aspiran a ser científicos. Estas son, que no hay estándares

³Para desarrollar esas distinciones, ver Moon 1975 y Geertz 1973.

⁴*La investigación universitaria es una inversión a largo plazo para el futuro (...) la investigación crea las piedras fundantes de futuros productos y procesos. (...) junto a la creación de conocimiento nuevo (...) [la] fusión de la educación y la investigación de punta ha sido una característica única del sistema de investigación universitaria de los Estados Unidos;* (Association of American Universities, May 2001); *“La inversión nacional en nuevo conocimiento básico es clave para asegurar sostenidos beneficios económicos de la tecnología,”* (Association of American Universities, January 2001).

⁵Para encontrar muy interesantes discusiones sobre temas similares, ver Moon 1975, Oakeshott 1991, Taylor 1977 y Wolin 1980.

aceptados para juzgar la investigación interpretativa y que tales investigaciones no nos aportan nada nuevo. La investigación humanística no aporta a nuestro corpus de conocimientos, así como tampoco incrementa nuestra comprensión del mundo ya que sus afirmaciones no pueden ser validadas o falsadas. En su peor expresión, los métodos interpretativos e históricos de las humanidades dan lugar a un tipo de “religión” secular en la que los miembros de sectas interpretativas en competencia generan comentarios parciales acerca de los textos “sagrados” del “canon”.

Encuentro tres posibles respuestas para esta caracterización. La primera es aceptarla en algunos aspectos cruciales. No existe la necesidad profunda de defender la investigación humanística porque la misión esencial de las humanidades es la educación, no la investigación. El estudio en las humanidades provee cierto tipo de experiencia educativa- inspiradora, reveladora, y transformadora- que recuerda a la experiencia religiosa. Una educación de este tipo es posible sólo a través del encuentro y el estudio de los grandes productos de la imaginación humana. Andrew Delbanco plantea el tema de manera correcta y provocativa en lo que respecta a la literatura, sosteniendo que históricamente “los estudios literarios tienen, de hecho, sus raíces en la religión” y que el poder transformador de una educación literaria

poco tiene que ver con la idea positivista de la educación a la que la universidad moderna esta completamente avocada-aprendiendo “como extender, incluso minuto a minuto, los dominios del conocimiento”. Esta noción corporativa del conocimiento como una suma creciente de descubrimientos que no necesitan ser redescubiertos una vez que ya han sido registrados y que son transmisibles a aquellos cuya ambición es añadir a ellos es un gran logro de nuestra civilización. Pero, excepto en un sentido muy limitado, este no es el tipo de conocimiento que se pone en juego en la educación literaria⁶ (Delbanco 1999, 34)⁷.

Una educación humanística no refiere tanto a la adquisición de conocimientos de esta índole, sino que refiere a ganar en: humildad a los ojos de la propia ignorancia, perspectiva al confrontar la propia particularidad y, capacidad de juicio a la luz de un universo de posibilidades que uno nunca antes había imaginado. Esta educación es el punto fundamental; la investigación humanística no es el corazón del emprendimiento.⁸ O tal vez, más adecuado aún es decir que no hay una profunda división entre ambas. A diferencia de lo que ocurre en las ciencias, la actividad de enseñar y la de investigar en las humanidades son casi idénticas. Nuestro lenguaje refleja esa realidad estableciendo la diferencia entre “investigador” en las ciencias y “académico”⁹ en las humanidades.¹⁰

⁶N de T.: La cita original dice “has little to do with the positivist idea of education to which the modern research university is chiefly devoted—learning ‘how to extend, even by minute accretions, the realm of knowledge. This corporate notion of knowledge as a growing sum of discoveries no longer in need of rediscovery once they are recorded, and transmittable to those whose ambition it is to add to them, is a great achievement of our civilization. But except in a very limited sense, it is not the kind of knowledge that is at stake in a literary education”

⁷Delbanco aquí cita a Daniel Coit Gilman, el primer presidente de la Johns Hopkins University.

⁸Dentro de la ciencia política, esta visión suele defender la idea de que los estudiantes necesitan conocimientos generales de teoría política, especialmente Machiavello, Hobbes y Locke, pero los trabajos con nuevas disertaciones sobre esos pensadores no son una prioridad.

⁹N de T.: En el original “researcher” y “scholar”

¹⁰Un “investigador” es una persona que investiga, indaga o busca algo. Un académico es un aprendiz. “Académico” significaba originaria y sencillamente cualquier tipo de “estudiante”, y después pasó a referir a una persona que ha aprendido lo que se enseña en las universidades.

Lo que los humanistas hacen en la clase recuerda a lo que hacen en sus estudios; tanto en un escenario como en el otro, se comprometen con la interpretación de textos y con el examen de conceptos, sus orígenes y sus consecuencias. Enseñar y escribir apuntan ambos a educar.

La segunda posibilidad, que no es excluyente de la primera, es suponer que las ciencias “duras” y las ciencias sociales son más “blandas” de lo que parecen. Sin duda, los científicos descubren nuevos hechos pero los grandes avances en ciencia son frecuentemente avances en la interpretación que nos permiten explicar de manera más coherente un conjunto de hechos ya conocidos. La ciencia es una empresa creativa.¹¹ Más aún, en la ciencia como en las humanidades, las discusiones son a menudo tanto sobre qué hechos son importantes como sobre qué es verdadero. Los estándares para juzgar la investigación científica incluyen coherencia, comprensibilidad y elegancia, tal como en las humanidades. Incluso la matemática debe enfrentarse a la realidad de lo incierto, la irracionalidad y la indeterminación. La prueba de Gödel puede servir como un ejemplo. Kurt Gödel demostró que hasta es imposible deducir los principios de la aritmética elemental a partir de un conjunto finito de axiomas o establecer la consistencia lógica de varios sistemas deductivos.¹² Lo incierto es inevitable aún en las ciencias formales. Puede que el mundo no sea simplemente controlable por la inteligencia humana de manera tal que nos permita confiar en nuestro conocimiento de su funcionamiento. La investigación en las ciencias es más parecida a la investigación en humanidades de lo que sus investigadores quisieran admitir.

Estas dos líneas argumentativas tienen algo que decir por sí mismas pero no son suficientes a los fines de nuestro cometido. La investigación en humanidades requiere de una defensa en sus propios términos. Entonces, la tercera posibilidad es aceptar lo distintivo de la investigación en humanidades, articular sus características particulares y defenderlas como integralmente relacionadas a los fines y límites de la indagación humanística. ¿Por qué los fines y los límites? Porque las preguntas que los humanistas intentan aclarar son preguntas acerca de las cuales el entendimiento humano no puede tener certezas ni completitud. A menudo, esas preguntas son identificadas como preguntas de valor, preguntas normativas.¹³ Pero, esta caracterización resulta engañosa al implicar que la investigación en humanidades trata con valores y no con hechos. Ciertamente, la teoría política nunca se ha divorciado del conocimiento de la realidad empírica y de la argumentación basada en la evidencia histórica. La discusión aristotélica en torno a los tipos de regímenes en *La Política* debiera resultar suficiente como una ilustración tradicional al respecto. Más aún, la investigación científica no puede escapar a las consideraciones normativas ya que la verdad misma es un valor.¹⁴ Más importante aún, la identificación de las humanidades con preguntas normativas y de las ciencias con preguntas fácticas está generalmente vinculada a la asociación

¹¹sta es la razón por la que Michael Oakeshott es cuidadoso al distinguir la ciencia verdadera del racionalismo técnico que él critica (Oakeshott. 1991 13, 34-35). Thomas Kuhn distingue a la “ciencia normal” de las revoluciones científicas que “transformaron la imaginación científica.” (Kuhn 1962, 6). Polanyi enfatiza el elemento de “ingenio” o “intuición” en el trabajo científico, “los procesos mentales que van más allá de la aplicación de regla finita alguna” (Polanyi 1946, 29).

¹²Ver Nagel y Newman 1958.

¹³Berlin toma este enfoque. Porque la teoría política trabaja con preguntas de lo “humano”, es entonces necesariamente evaluativa. La acción humana siempre acontece dentro de una postura general enmarcada por concepciones morales, estéticas y políticas. “abandonando la evaluación” (Berlin 1978, 157).

¹⁴Ver, por ejemplo, Putnam 1981.

de las humanidades con lo incierto y la especulación subjetiva, y de las ciencias con probabilidades conocidas, teorías falsables y el progreso del conocimiento. Las implicancias de la idea de que el conocimiento de los temas relativos a los valores no es posible y de que el conocimiento solo está disponible en las investigaciones fácticas resulta altamente problemática.

En lugar de conceptualizar a las humanidades como relativas al valor y a las ciencias como relativas a los hechos, sugeriría provisoriamente que las primeras buscan explicar significado y relevancia¹⁵, mientras que las segundas buscan explicar mecanismos de causa y efecto.^{xiii} Todos estos son términos que describen tipos de relaciones. La frase “causa y efecto” define una relación. El “significado” de una acción o afirmación cambia radicalmente dependiendo de su contexto, es decir, dependiendo de su relación con otras acciones o afirmaciones, etc. El concepto de “relevancia” es también inherentemente relacional. Algo es relevante sólo en comparación con alguna otra cosa que lo es menos. De hecho, el término “relevancia” incluye a ambos, tanto al “significado” como a la “importancia”: la relevancia de una cosa incluye tanto lo que significa como por qué importa. Estas son las dos principales cuestiones para la investigación humanística.

Es por esto que sus métodos son interpretativos e históricos. No hay nada arbitrario en el enfoque metodológico. Son necesarias tanto la interpretación como la comprensión histórica para poder descubrir tanto lo que algo significa como porque importa. La típica falta de certeza, acuerdo y cierre usualmente encontrada en el discurso de las humanidades tampoco es arbitraria. Esta refleja tanto realidades históricas como epistemológicas. Significado y relevancia refieren a relaciones que varían con el tiempo y las preguntas relativas al significado y la relevancia son entonces profundamente históricas. No debería sorprender que sean preguntas que deban ser revisitadas en cada época. La pregunta acerca del significado de un texto particular o de cualquier obra de la imaginación está siempre acompañada de las preguntas: ¿Qué significa para nosotros? Y ¿por qué nos debería importar? No tiene sentido buscar una respuesta definitiva y permanente a preguntas de este tipo. De hecho, en lugar de brindar un nuevo entendimiento que supere todos los previos y empuje el progreso del conocimiento hacia adelante, parte de la investigación más importante en humanidades está dedicada a proyectos de recuperación. La investigación histórica nos recuerda no olvidar, conservando vivas en el presente las posibilidades sumergidas de la experiencia humana del pasado. Nos fuerza a preguntarnos si el lugar en el que nos encontramos hoy realmente representa al progreso.

Mientras que lo abierto de la investigación en humanidades está enraizado en su carácter histórico, sus incertidumbres y los desacuerdos que de ellas surgen son consecuencias de nuestra situación epistemológica. Diferentes tipos de cosas son posibles de ser conocidas de diferentes maneras y con los correspondientemente diferentes grados de certeza. Esta realidad es revelada en el lenguaje ordinario. El número de palabras que establecen diferencias entre las formas de saber o conocer es llamativo: conocimiento, comprensión, sabiduría, juicio, opinión, creencia, *know-how*, convicción, reconocimiento, memoria, y así sucesivamente. Y por supuesto, una lista como esta se puede crear en cualquier idioma. Dentro de la tradición filosófica de la

¹⁵N. de T.: En el original: “meaning” y “significance”.

civilización occidental estas distinciones han sido centrales desde sus comienzos. Platón estableció grandes diferencias entre *episteme*, *techne* y *doxa*; Santo Tomás de Aquino distinguió entre *scientia* y *opinio*; Kant diferenció la razón puramente especulativa, la razón puramente práctica y el juicio. La mente humana apprehende al mundo de diversas maneras. Hay algunas cosas que quisiéramos saber que no pueden ser conocidas con nada ni remotamente parecido a la certeza matemática, por ejemplo. Sin embargo, esas cosas pueden ser entendidas en algún sentido: es posible hacer juicios razonables acerca de ellas. Quisiera sugerir que mientras que a las ciencias les concierne principalmente el conocimiento de la causa y el efecto, a las humanidades les concierne principalmente la comprensión del significado y el juicio de la relevancia.

El juicio está peculiarmente casado con la incertidumbre. Si supiéramos, no necesitaríamos juzgar. El juicio es requerido porque el mundo siempre permanece opaco para nosotros en algunas cuestiones importantes. Tanto la razón demostrativa como la evidencia empírica tienen sus límites. El juicio es la facultad en funcionamiento en cualquier situación en la que personas razonables puedan no estar de acuerdo. Y la premisa de cualquier situación política verdadera, particularmente en la política democrática, es que las personas razonables puedan no estar de acuerdo. Sin duda, los temas centrales en teoría política son aquellos sobre los que las personas difieren acerca de que es lo más importante.¹⁶ ¿Es más importante buscar la mejor posibilidad política o preservarse del peor desastre político? Platón describe el mejor régimen; Locke busca “cercas” contra lo peor (Locke 1988 parr. 57, 93, 226) ¿Lo importante del totalitarismo es su racionalismo y científicidad o su romanticismo y nacionalismo? Esta es una pregunta central que ha dividido a los liberales de sus críticos desde la Segunda Guerra Mundial.¹⁷ Considerando problemas complejos, determinar la relevancia relativa de varios elementos es altamente determinante y requiere el ejercicio del juicio. Estos ejemplos están tomados de la teoría política pero puede sostenerse la afirmación de que ilustran una característica de las humanidades en general. Las principales preocupaciones de la investigación en humanidades son temas abiertos, relativos al juicio.¹⁸

Parte de la razón por la que la investigación en humanidades necesita actualmente ser defendida es que parecemos haber perdido el norte con respecto a los temas del juicio. Esto sucede en particular con respecto al juicio moral. Usualmente, el problema del juicio moral es delineado como si existieran sólo dos alternativas mutuamente excluyentes, de las cuales ninguna es satisfactoria: valores morales abstractos y universales que pueden ser conocidos o valores morales culturalmente específicos que pueden ser entendidos, o hasta, apreciados en algún sentido, pero no evaluados. Delimitar el problema de esta manera deja a muchas personas confundidas ya que cada alternativa es, a su manera, problemática. Por un lado, abrazar los valores morales como si fueran principios abstractos y universales implica en la mente de muchos que también se debe abrazar cierta certeza dogmática y uniformidad arrogante. Por otro

¹⁶Berlin propone que la teoría política presupone un pluralismo de valores y, de esta manera, genera desacuerdo con respecto a tanto fines como medios. Esta es la razón por la cual la teoría política no se entiende bien con los regímenes totalitarios (Berlin 1978, 149-54).

¹⁷Para escuchar voces importantes de esta discusión, ver Gay 1966 y 1998, Adorno & Horkheimer 1991 y Talmon 1960.

¹⁸Hay muchos tipos de juicio, algunos de los cuales figuran también en la indagación científica. Pero, no juega el mismo rol que en las humanidades, en particular el juicio evaluativo, que es mi principal interés aquí.

lado, abrazar la especificidad cultural, parecería reducir las convicciones morales a una particularidad tal que el único argumento para su justificación sería el que son “nuestras”. Cualquier posibilidad de defensa o crítica en la conversación con otros está minada.¹⁹ En cualquier caso entonces, ya sean los valores morales universalmente verdaderos o culturalmente específicos, parecería que no hubiera lugar para el juicio entre afirmaciones morales en competencia y por lo tanto, que no hay lugar para la controversia moral.

Pero el caso es exactamente el opuesto. No importa cual de las dos alternativas sea la verdadera, el juicio moral no puede ser evitado como tampoco lo puede ser el desacuerdo. Si existen verdades morales universales que podemos conocer con certeza, aunque sea debemos juzgar entre ellas cuando entran en conflicto (son las demandas de lealtad más grandes que las de justicia en este caso?) y debemos juzgar cual es la mejor manera de aplicar estos principios en la práctica (¿que es lo que la justicia requiere de nosotros en esta situación particular?) Que no haya universales, solamente prácticas culturales específicas, no significa que estemos menos obligados a juzgar. Desde el momento en que ninguna cultura es unívoca, las prácticas son continuamente desafiadas por otras y van cambiando a medida que pasa el tiempo. En última instancia, debemos al menos determinar cuales de las voces dentro de nuestra propia cultura deberían guiar nuestro juicio en cualquier situación dada. Esto es así independientemente de cuan homogénea aparente ser la cultura de la que se trate²⁰ (Incluso dentro de una misma iglesia, se podrá debatir sobre cual es la postura adecuada para esa iglesia acerca de temas como la homosexualidad o el aborto, por ejemplo) Es más, ejercitamos el juicio prudente desde el punto de partida determinando que tipo de problema enfrentamos en cualquier caso dado, y esta determinación suele tener enormes implicancias en como los temas morales son enmarcados (¿Fue la Guerra de Bosnia más parecida a la Primera Guerra Mundial, a la Segunda o a la de Vietnam?)²¹

No se puede escapar al juicio, sin embargo, actuamos como si ni siquiera fuera posible. Este problema recuerda los conflictos entre dogmatismo y escepticismo del siglo XVII. Como con la oposición entre los absolutos universales y el relativismo cultural, la dicotomía de tiempos más tempranos opacó la importancia del juicio, John Locke respondiendo a la anterior dicotomía entre dogmatismo y escepticismo tuvo lo siguiente que decir a aquellos que ponían un énfasis excesivo en la certeza del conocimiento:

Es de gran utilidad para el navegante conocer la medida de su calado, a pesar de que no pueda con él alcanzar todas las profundidades del océano. Es bueno que él sepa que es lo suficientemente profundo como para alcanzar el fondo en algunos lugares de la misma manera que le es necesario dirigir su viaje y protegerse de encallar contra bancos de arena que lo puedan dañar por completo²² (Locke 1975 libro I, cap. 1, párr. 6)

¹⁹Como Stanley Fish discute en un artículo reciente, la urgencia de la especificidad cultural no equivale a la afirmación de que una postura moral no pueda ser tomada. El afirmó que mientras no haya estándares independientes a los que podamos apelar para alcanzar el consenso moral, podemos apelar a nuestras prácticas culturales vividas (The New York Times, 15 de octubre de 2001). Pero, por supuesto, lo segundo también nos quita la esperanza de poder persuadir a otros con respecto a temas morales, y hasta de involucrarlos en discusiones.

²⁰Ver Walzer 1987.

²¹Ver John Holland, Holyoak y Nisbet 1989. Los autores discuten el impacto de las analogías en la resolución de problemas, incluyendo algunos resultados experimentales fascinantes.

²²N de T.: la cita original es “Tis of great use to the Sailor to know the length of his Line, though he cannot

Y,

El hombre se encontraría perdido si no tuviera nada que lo dirigiera pero, lo que tiene la certeza del conocimiento verdadero... Aquel que no coma hasta que no tenga la certeza de que será nutrido, aquel que no se ponga en movimiento hasta que no sepa perfectamente que la empresa que va a emprender será exitosa, ese tendrá poco para hacer más que quedarse sentado hasta perecer.²³ (Ibid. libro IV, cap. 14, párr. 1.)

Existen límites para lo que el ser humano puede conocer. Sin embargo, estamos aptos para realizar juicios razonables sobre como proceder en la vida. Hacia el siglo XVIII hubo un gran interés en el juicio, tanto moral como estético. El desarrollo del juicio es el fin y el tema de muchas de las novelas de Jane Austen así como el fin de una educación moral según Adam Smith. Juzgar desde el punto de vista de un espectador imparcial es juzgar bien y es el requerimiento esencial de una vida ética. Afortunadamente, el juicio puede ser educado. Esto es así tanto en la estética como en la ética. Convertirse en un buen crítico requiere cierto conocimiento básico, práctica y oportunidades de comparación entre otras cosas.²⁴

Hoy en día, si algo es relativo al gusto es tomado como un tema de preferencia personal, como si no existiera tal cosa como el gusto educado. Peor aún, los temas relativos al juicio moral son habitualmente tratados como si ellos también fueran meramente temas de gusto. Diferentes personas gustan de diferentes tipos de películas ¿Se desprende de esto que sea imposible ser un buen crítico de cine? Diferentes personas profesan diferentes valores morales o aplican principios morales similares de maneras diferentes ¿Se desprende de esto que no existen fundamentos para el juicio moral? Por siglos, los filósofos han notado el hecho de que las diferencias en lo moral existen, pero no por esto han arribado a la conclusión epistemológica de que el juicio moral sea imposible de enunciar. Es un error inferir que no hay buenas razones para el juicio o que todos los juicios son igualmente arbitrarios a partir de la falta de consenso en las preguntas relativas al juicio moral estético o político.²⁵ En una materia sobre la que personas razonables pueden no estar de acuerdo, algunos argumentos pueden de todas maneras ser más plausibles, persuasivos o convincentes que otros. Y si las personas están abiertas a ser persuadidas sobre el tema cierto grado de acuerdo puede ser alcanzado.²⁶ Pero, en estas materias, uno difícilmente encuentra evidencias o argumentos del tipo inobjetable, convincente, o evidente, y consecuentemente, uno difícilmente encuentra acuerdos universales. En una demostración matemática formal, por ejemplo, si las premisas axiomáticas son aceptadas, la conclusión se desprenderá

with it fathom all the depths of the Ocean. 'Tis well he knows that it is long enough to reach the bottom, at such Places, as are necessary to direct his Voyage, and caution him against running upon Shoals, that may ruin him."

²³N de T.: la cita original es "Man would be at a great loss, if he had nothing to direct him, but what has the Certainty of true Knowledge. . . . He that will not eat, till he has Demonstration that it will nourish him; he that will not stir, till he infallibly knows the Business he goes about will succeed, will have little else to do, but sit still and perish.

²⁴Ver Hume 1996 133-53.

²⁵Es también un error inferior del acuerdo en los juicios moral, político o estético, que es un argumento válido. El acuerdo puede estar indicando nada más que un prejuicio compartido.

²⁶Por supuesto, las personas no se encuentran siempre predispuestas a ser persuadidas. La parcialidad sostiene los desacuerdos cuando los temas enfrentados involucran intereses e identidades. Cuando las implicaciones de una discusión son altamente relevantes para las partes involucradas, el argumento más plausible no es necesariamente el más persuasivo.

de manera tal que obligará al acuerdo a cualquier persona razonable. En esta la situación, el acuerdo demuestra la validez de las pretensiones de verdad. Pero el acuerdo y el desacuerdo no acarrearán las mismas implicancias cuando se trata del juicio, en este caso no deberíamos esperar el mismo tipo de consenso que es alcanzado por la demostración formal. Si no reconocemos esto, inferiríamos erróneamente a partir de la falta de consenso moral que nada puede ser entendido acerca de los asuntos morales que pueden informar juicios profundos. Buscamos el acuerdo como base de la auto-confianza en nuestras opiniones morales y al no encontrarlo abandonamos al juicio.²⁷ Por supuesto que en la práctica esto es imposible. Debemos juzgar, y entonces, lo hacemos de mala manera y sin reflexionar. Al entender al juicio como carente de fundamento racional y creer que las preguntas relativas al juicio están más allá del espectro de la indagación legítima, la brecha entre la actividad intelectual y la práctica de vivir se acrecienta.

El hecho de que exista el desacuerdo no implica que nada pueda ser conocido, sino que no todo puede serlo. Es entre la ignorancia y el conocimiento, en el reino del juicio, donde las humanidades residen. Su tarea es entender el significado y la relevancia en el esfuerzo de educar al juicio. El juicio puede ser mejor o peor. No tiene porque haber interpretación definitiva, pero, sin duda algunas explicaciones son más plausibles que otras. La buena investigación en humanidades requiere de la identificación de un problema significativo, de un juicio bien informado y de visión crítica, entre otras cualidades. Cuando la investigación en humanidades es evaluada se formula también un juicio sobre la calidad de los juicios que contiene. Mientras que la ciencia busca incrementar nuestro conocimiento sobre la causa y el efecto de una manera acumulativa y lineal, las humanidades buscan mejorar nuestro juicio profundizando nuestro entendimiento del significado y la relevancia de sus objetos de estudio. En el primer caso, adquirir conocimiento nuevo es el objetivo fundamental. En el segundo caso, el énfasis está situado en comprender por qué esas viejas preguntas, siguen siendo preguntas para nosotros. En el primer caso, el progreso es concebido en términos de aumento cuantitativo y movimiento hacia adelante. En el segundo, el progreso es medido por su creciente profundidad, claridad y comprensibilidad.²⁸ No es el caso que no existan estándares en la investigación en humanidades, sino que los estándares son apropiadamente diferentes a los de las ciencias. ¿Por qué querríamos imponer los mismos estándares en tan diferentes proyectos? *“Un hombre bien educado es aquel que busca en cada estudio un nivel de precisión tan alto como la naturaleza del*

²⁷La agencia de noticias Reuters hizo exactamente esto cuando recientemente decidió no usar la palabra “terrorista” porque la gente no estaba de acuerdo en quien es un “terrorista” y quien es un “luchador por la libertad” el desacuerdo no debería haberlos desanimado en pensar la totalidad del problema. Reuters estaba confundiendo términos que refieren a medios y términos que refieren a fines de una manera que poco sentido tiene, como si nos preguntásemos si podemos distinguir entre “torturadores” y “patriotas”. Algunos luchadores por la paz lo son también terroristas; otros no (por ejemplo Gandhi) Algunos terroristas emplean el terror en el nombre de teocracias tiránicas, otros en el nombre de la libertad. Algunos patriotas son también torturadores, algunos no lo son, y así siguiendo. El juicio moral para establecer aquí es cuando, si alguna vez lo es, el terror (o la tortura) es justificable.

²⁸Clifford Geertz, discutiendo sobre la antropología cultural, distingue entre la “ciencia experimental en búsqueda de una ley” y la “[ciencia] interpretativa en búsqueda de significado” en una manera muy parecida a la que yo distingo la investigación en las ciencias de la investigación en las humanidades. Las ciencias interpretativas, siguiendo a Geertz, recuerdan a la literatura, son “inherentemente inconcluyentes”, intrínsecamente incompletas, construyen sobre trabajos previos “adentrándose más profundamente dentro de las mismas cosas” más que por adiciones incrementales, son diagnósticas más que predictivas, y miden el progreso “menos por una perfección del consenso que por un refinamiento del debate” (Geertz 1973, 5, 9, 23, 26, 29).

tema en cuestión admira.”²⁹ (Aristóteles 1962, I.3.23)³⁰

Lo abierto, lo incierto y los desacuerdos de la investigación en humanidades fluyen desde las mismas fuentes que sus características más positivas. Ya que su fin es la comprensión del significado y el juicio de la relevancia sus métodos son interpretativos e históricos. Y porque emplea estos métodos, la investigación en humanidades es simultáneamente conservadora, crítica y constructiva. La mejor investigación en humanidades retorna a los antiguos materiales para atender a nuevas circunstancias cuando estas no pueden ser adecuadamente entendidas dentro del régimen conceptual dominante, y lo hace para poder construir respuestas creíbles y creativas. Es conservadora en el sentido obvio y casi literal de que depende de la conservación del pasado, de los vestigios de acción humana, pensamiento e imaginación. La investigación en humanidades es también parte de un discurso que tiene un pasado y por lo tanto depende también de la conservación de esa tradición discursiva. Es también conservadora en un sentido menos obvio. El estudiar los productos del pensamiento y la imaginación humanos a través de la historia y a lo largo de las diferentes culturas genera un aprecio por la inmensidad de los logros, pero también implica el reconocimiento de los límites del entendimiento y las capacidades humanas. Empieza a parecer que no hay nada nuevo bajo el Sol, y este es un *insight* que modera el impulso hacia el utopismo científico. Ese mismo impulso se ve también disminuido por conocer lo que implican las particularidades de tiempo y lugar. La confianza en nuestros conocimientos y capacidades es necesaria para dar vida a proyectos de ingeniería social y política, y las humanidades tienden a minar esa confianza. En su mejor expresión, son capaces de cultivar un escepticismo saludable. El conocimiento, en particular el conocimiento histórico, puede hacernos sentir tan pequeños como empoderados.

Siempre unido a esta tendencia conservadora, y en tensión con ella misma, hay un impulso crítico igualmente fuerte. Y es la misma cercanía con la gran variedad de experiencias humanas la que da vida a ambos. La indagación humanística provee la perspectiva necesaria para el juicio crítico. Explorando alternativas, las no examinadas premisas conceptuales de la cultura contemporánea pueden ser sujetas a examen. Uno debe dar un paso más allá de la propia cueva para verla como una cueva, sea el caso que escapar de una existencia troglodita es posible para los seres humanos, o sea el caso que lo mejor que podemos hacer fuera alternar a través de la multiplicidad de cuevas. En cualquiera de los dos, el objeto es encontrar algún punto donde apoyarnos en una situación que está en constante cambio. Las agendas de investigación están marcadas por esas realidades cambiantes porque lo que motiva la investigación es la crítica de los marcos conceptuales existentes como insuficientes para explicar las situaciones contemporáneas. La agenda para la teoría política en Estados Unidos, por ejemplo, cincuenta años atrás estaba más centrada en la ley y las instituciones, mientras que ahora está centrada en la cultura y la identidad, y esto seguramente tiene mucho que ver con la historia política así como con la historia intelectual. El punto es que ambas son inseparables. He dicho que las preguntas interpretativas “¿Que significa esto para nosotros?” y “¿Por que nos debería importar?” son inherentemente preguntas históricas.

²⁹N. de T.: la cita original es “For a well schooled man is one who searches for that degree of precision in each kind of study which the nature of the subject at hand admits.”

³⁰Al introducir su estudio de la ética, Aristóteles comenta que la precisión no es posible cuando se trata de los “problemas de qué es noble y justo, que es lo que la política examina”

También son inherentemente críticas.

La crítica sugiere proyectos de mejora por lo que la investigación es también constructiva. Nosotros estamos en el negocio de alterar significados así como también de entenderlos. La investigación humanística utiliza recursos del pasado para abrir posibilidades, construir alternativas, o generar nuevos *insights*. Esta es una empresa creativa pero no arbitraria. Lo que es ofrecido como nuevo y original debe representar al menos un avance convincente con respecto al conocimiento actual, por ejemplo explicando un espectro más amplio de fenómenos, reconfigurando alguna oposición conceptual que haya podido generar algún *impasse*, superando o encontrando una explicación para alguna contradicción en algún trabajo previo, entre otras cosas. Pero ninguna nueva reformulación durará tampoco para siempre. El proceso de re conceptualización es un proceso en curso, repito, debido a la naturaleza de la investigación sobre el significado y la relevancia de los fenómenos. Suscribir a preguntas sobre relevancia a través de interpretaciones históricamente informadas produce resultados, inconclusos, controversiales, conservadores, críticos y constructivos. Estas son las características distintivas de la investigación en humanidades.

¿Por qué es necesario estudiar los fenómenos *políticos* de esta manera? Alguien podría objetar que las preguntas de significado y relevancia deberían ser usadas para poder avanzar en la investigación en arte, literatura y música como expresiones de la consciencia humana. Pero en la vida política, donde el objeto de estudio es el comportamiento, se hacen necesarias preguntas diferentes. La distinción entre las humanidades y las ciencias sociales sería, a grandes rasgos, gobernada por la antigua distinción entre “palabras”, en el sentido amplio del término, y “hechos”. Al estudiar a los segundos nuestro interés debería limitarse a identificar mecanismos causales y leyes generales que puedan mejorar nuestro poder de predecir (y dirigir) la acción humana. Por diferentes razones, esto es un error.

En primer lugar, al elegir como actuar y decidir que hacer, las personas entienden que actúan movidos por una razón. En términos generales, la gente (y las naciones) necesitan creer que tienen una respuesta coherente a la pregunta “¿Por qué hiciste aquello?” La respuesta, que comienza con la palabra “porque”, es un juicio en si misma sobre los significados y relevancias de los muchos factores bajo consideración en la situación. En el entendido de que los postulados racionales son factores causales por si mismos, cualquier intento de explicación que no los considere, estaría distorsionando el fenómeno político que trata de explicar. Una descripción de la política que no pueda explicar el autoconocimiento de los actores políticos es ampliamente incompleta.³¹ Una descripción completa requiere consideraciones acerca de cómo son hechos los juicios, como influyen en los hechos y como deberían ser evaluados. No existen “hechos” humanos sin “palabras”. Encarar el estudio de la política desde una perspectiva humanista tiene la ventaja de que el lenguaje de la indagación política se mantiene cercano al de la acción política.

En segundo lugar, el comportamiento político es una manifestación de la libertad humana, y como tal es una expresión de propósitos e intenciones humanos. Las personas realizan elecciones que podrían haber sido realizadas de diferente manera.

³¹Para un examen de la importancia de considerar la autocomprensión política en un caso histórico, ver Aldrich y Grant 1993.

Existe entonces un límite para lo que las leyes causales generales pueden explicar. Esta es otra manera de decir que la vida política no puede ser purgada de contingencia o de particularidad. Por esa misma razón, la práctica de la política es un arte y no una técnica. No se le puede enseñar a las personas a ser políticos expertos entregándoles un manual.³² La política es aprendida a través de la acumulación de experiencia práctica en circunstancias particulares. Las lecciones de la experiencia son aplicadas, como poco, a través de un proceso de razonamiento por analogía en la misma medida que a través de la lógica deductiva y, la analogía prosigue a través del juicio de la relevancia relativa de los rasgos de situaciones que son parecidas entre sí, pero nunca idénticas. (Holland et al. 1989) Entender las elecciones de los actores políticos y anticipar sus consecuencias probables requiere dirigir la atención a las particularidades y las contingencias. Las competencias de la teoría política como enfoque humanístico del estudio de la política tienen finalmente el mismo esquema que el estudio histórico de la política.

En tercer lugar, como mencioné antes, la política y en particular la política democrática, presupone que las personas razonables van a disentir. El conocimiento solo no es suficiente para generar desacuerdos políticos. Afirmaciones de partidarios políticos en competencia pueden cada una representar una verdad parcial.³³ Los términos del debate pueden establecer los límites a las alternativas consideradas por los partidarios. O, la contienda en si misma puede reflejar un conflicto entre productos en competencia que es, en principio, irreconciliable.³⁴ La investigación en humanidades encara estas dimensiones de la vida política de una manera que la investigación científica no puede. La teoría política como disciplina desarrolla herramientas diagnósticas para identificar y comprender de qué clase de desacuerdo político se trata en cualquier situación dada y los teóricos construyen a veces nuevas alternativas que alteran la naturaleza del conflicto.

En el fondo, la teoría política es una extensión de una actividad natural y diaria. En esto es que nos recuerda a la ética. Todos los seres humanos se ven envueltos en alguna forma de reflexión ética como condición de la acción. Es en este sentido, en el que el juicio es ineludible. La Ética como disciplina académica es una extensión, no un punto de partida, de esta actividad cotidiana. De manera similar, cada actor político opera dentro de un régimen conceptual, así como dentro de uno institucional. Nadie en la vida política se puede permitir ignorar las concepciones legitimadoras, las limitaciones del discurso público aceptable, o las consideraciones de cómo las acciones tienden a ser interpretadas. Cuando se está considerando qué debería hacerse, es simplemente imposible preguntarse solamente ¿qué sucederá después? y no ¿Cómo podría yo comprender que ha sucedido antes? ¿Qué es lo que esto cambia? Y ¿cuál debería ser mi objetivo? La teoría política extiende este tipo de preguntas, explorando los regímenes conceptuales existentes, sus valores, sus orígenes y sus transformaciones. En épocas normales, estas son preguntas que forman el trasfondo de la trama diaria de la política. Las crisis las sacan a relucir cuando los sucesos revelan el carácter problemático de las respuestas aceptadas. Si la política en si misma incluye a la teoría

³²La política requiere de conocimiento "técnico" y "práctico" (Oakeshott 1991, 7-17).

³³Aristóteles es famoso por esta observación. *Política*, III.9, V, 1.

³⁴Para una discusión atractiva acerca de que las sociedades no pueden escapar las antinomias morales (donde "A es injusta pero no-A es injusta también) ver Spragens 1993, página 205.

política, el estudio de la política debe incluir a la teoría política.

Pero están aquellos que desafían esta conclusión. Reconocen la ubicuidad de la discusión sobre significado y relevancia de los fenómenos políticos pero niegan la importancia de tal discusión. En particular, cuestionan que las normas sean relevantes a la vida política. Si el comportamiento puede ser explicado por intereses subyacentes, las normas y las discusiones sobre ellas son meros epifenómenos.³⁵ Las palabras acontecen, sugieren, pero sólo los hechos importan, y la primera no tiene efectos apreciables sobre los segundos. Esta posición descansa, por supuesto, en una determinación a priori de lo que significa que algo “importa” en política y en el estudio de la política, determinación esta, que debe ser enmarcada teóricamente. ¿Cómo sabemos que el conocimiento importa solamente cuando ayuda a predecir comportamientos? ¿Es esa la única manera en la que el conocimiento o la comprensión de algo pueden ser importantes? ¿Por qué son los mecanismos causales las cosas más importantes a estudiar cuando la materia es la política? Que podamos tener conocimiento científico de la causalidad pero no de otros aspectos de la política es un argumento absolutamente insuficiente para determinar su importancia relativa en la vida política. Es perfectamente posible que lo que es más accesible al conocimiento científico sea menos importante políticamente y viceversa. Si los hechos o el comportamientos son todo lo que nos permitimos ver, o si limitamos nuestras investigaciones a preguntas de productos y efectos, se vuelve bastante difícil, por ejemplo, explicar la diferencia entre una organización de gobierno y la mafia, o entre representar al electorado y complacerlo, o entre el cortejo y el acoso sexual, y así siguiendo. Comprender diferencias de este tipo requiere adoptar preguntas acerca de significados y fines y formar juicios acerca de ellas. El comportamiento no es lo único que importa.

La ubicuidad del discurso político debería ser evidencia suficiente para que también nos importe en algún sentido relevante. El habla, de hecho, parece importar de varias maneras en la vida política. Por ejemplo, dudo que la legitimidad política pueda ser completamente comprendida sin tener en cuenta la retórica política. Una de las cosas que hacen los sistemas legales es determinar que cuenta como razón legítima al dirimir diferentes tipos de controversias, entre otras cosas. Hobbes estaba en lo cierto cuando incluyó la elocuencia en su lista de las formas de poder (Hobbes 1962, 73). Más aún, fue Hobbes quien escribió: “*Las acciones de los hombres proceden de sus opiniones; y en el buen gobierno de las opiniones descansa el buen gobierno de las acciones de los hombres que los conducirán hacia la paz y la concordia.*”³⁶ (Ibid., 137)³⁷ La mayoría de los científicos políticos contemporáneos esperarían encontrar la palabra “intereses”, o tal vez “pasiones” donde “opiniones” aparece en el original. Pero la posición de Hobbes es clara: las opiniones son causas principales del comportamiento.

Incluso si suponemos que los intereses son causa única y suficiente del comportamiento político, e incluso si el comportamiento es lo único que importa, los intereses en si mismos están sujetos a la interpretación y el juicio. Las opiniones afectan

³⁵James Fearon plantea la pregunta directamente “¿Por qué discutir cosas?” y encuentra que existen buenas razones para hacerlo. James Fearon, “Deliberation as Discussion,” en Elster 1998. Por intentos de explorar como las teorías que enfatizan “actos” o “intereses” han sido puestas en contacto con las que enfatizan “el habla” o las “normas”, ver Fearon & Wendt 2002 y Johnson 1993.

³⁶N. de T.: la cita original dice “The actions of men proceed from their opinions; and in the well-governing of opinions, consisteth the well-governing of men’s actions, in order to their peace and concord.”

³⁷En un sentido muy importante, El Leviathan es un libro de educación cívica (ver caps. 30, 46).

no sólo qué entendemos como nuestros intereses, sino también que entendamos que nuestros intereses deben motivar nuestras acciones o no, y en ese caso, que nuestras motivaciones interesadas deban ser escondidas de la vista de los demás y deban ser disfrazadas por hipócritas retóricas. Finalmente, si los intereses de reputación o de estatus afectan al motivar comportamientos, las consideraciones de significado y relevancia, las normas y las opiniones, son incluso más determinantes que ellos, esto siempre que los intereses sean entendidos como puramente materiales. Sucintamente, una buena explicación causal del comportamiento no puede excluir las preguntas de interpretación y significado que son rectoras de la teoría política.

Evidentemente, debo o bien volver a mi afirmación “provisoria” inicial de que la ciencia trabaja con relaciones de causa y efecto mientras que las humanidades lo hacen con relaciones de significado y relevancia, o bien debo volver a la afirmación de que la diferencia entre las humanidades y las ciencias es la misma que la que hay entre teoría política y ciencia política. Cuando la política es el objeto de investigación, la división entre las preguntas que rigen a la investigación científica y humanística parecen marcar una línea permeable- las relaciones causales no pueden ser adecuadamente explicadas sin considerar el significado. Pero lo contrario es también verdadero. La relevancia de algo puede bien incluir también su impacto causal. La teoría política como empresa asume que las interpretaciones, los regímenes conceptuales, los juicios acerca de la relevancia, y las ideas de todo tipo son en si mismas causas y efectos. Las ideas tienen consecuencias significativas. Si no lo creyéramos así, no las estudiaríamos. Es por esto, que nuestras preguntas deben también incluir consideraciones acerca del origen y del impacto de las ideas. Esto obliga a los teóricos políticos a prestar especial atención a la fuerza causal de las ideas en el modo en que las relaciones causales en general pueden ser entendidas de la mejor manera. Aquí podemos aprender tanto de los científicos como de la historia intelectual.³⁸ Si la pregunta es básicamente de causalidad o de relevancia, un entendimiento completo de la vida política requiere de ambas, una síntesis de lo que pueda ser aprendido de los enfoques científico y humanístico.

En otras palabras, el estudio de la política requiere de buscar leyes generales que expliquen las causas del comportamiento político y para desarrollar interpretaciones del significado y la relevancia de los hechos políticos y de los regímenes conceptuales para poder influir en sus juicios evaluativos. Los estudios políticos persiguen fines tanto científicos como humanísticos. Estas son empresas distintas pero complementarias: la “permeabilidad” no borra la diferenciación. Pero, al mismo tiempo, el análisis indica que los científicos políticos harían mejor al admitir que hasta cierto punto que el estudio del comportamiento político humano debería ser una ciencia “blanda”. Aquí vuelvo al segundo criterio de los que discutí al comienzo. La interpretación debe jugar algún rol en el estudio científico de la política en tanto los “hechos” no pueden ser aislados de las “palabras”.

¿Qué indica este análisis para las tareas de la teoría política? Dos tentaciones muy diferentes atraen a los teóricos políticos para explicar su convivencia con los científicos políticos en los mismos departamentos. La primera es la tentación de volcar

³⁸Ver por ejemplo Goldstein y Keohane 1993, que abre así: “*Como científicos sociales estamos interesados en usar la evidencia empírica para evaluar la hipótesis de que las ideas suelen ser determinantes importantes de las políticas de gobierno.*” (Goldstein y Keohane 1993, 3)

la atención a los debates contemporáneos sobre políticas públicas, a medir su trabajo según el patrón de la habilidad a contribuir directamente con la empresa científica de sus colegas, a formalizar sus afirmaciones teóricas y a producir demostraciones empíricas de su validez. La segunda tentación es simplemente a alejarse de un difícil relacionamiento y a promover a la teoría política sin preocuparse por las actividades de los científicos políticos. Por supuesto no siempre es malo sucumbir a la tentación, pero estas particulares tentaciones deberían ser resistidas. Los teóricos políticos necesitan vincularse con los científicos políticos sin intentar volverse científicos. Necesitamos conservar nuestras diferencias junto con las fricciones que esas diferencias usualmente acarrearán para poder ser útiles los unos a los otros.

La contribución distintiva que la teoría política puede hacer al estudio de la política depende de su ininterrumpida devoción a las preguntas humanísticas al tiempo que estas van surgiendo de la vida política. Y esto depende de su también constante apego a las dimensiones histórica y filosófica. El argumento que he desarrollado aquí conduce hacia un renovado vínculo con las preguntas filosóficas: preguntas de metafísica, epistemología y hermenéutica. ¿Cómo entendemos a la libertad y a la causalidad? ¿Qué podemos saber? ¿Cómo podemos emitir juicios en ausencia de ciertos conocimientos? La discusión conduce también a una ininterrumpida preocupación por las cuestiones históricas. Necesitamos entender mejor el camino histórico que nos trajo a donde nos encontramos hoy con nuestras concepciones políticas, y necesitamos saber como la recuperación de alternativas arraigadas al pasado histórico podrían ayudarnos a juzgar e interpretar nuestras circunstancias actuales. En otras palabras, deberíamos continuar haciendo lo que hacemos mejor: conservación conceptual, crítica, y construcción al servicio de un conocimiento más profundo y comprensivo de los fenómenos políticos y de un mejorado juicio político.

No necesitamos preocuparnos por si al hacer esto nuestra investigación va a ser removida de la práctica política en el mundo contemporáneo. Por el contrario, he argumentado más arriba por que las preguntas “¿Qué significa esto?” y “¿Qué es lo que realmente importa aquí?” son preguntas que están constantemente presentes en la conducción de la vida política. Además, he argumentado que lo que marca la agenda de la teoría política en cualquier momento dado son los temas que nuestro propio momento histórico nos presenta. Sin duda, es responsabilidad del teórico político explicar la incidencia de una interpretación histórica sobre estos temas contemporáneos, y en términos generales, esto no es algo difícil de realizar. Es también tarea de los teóricos políticos enmarcar nuestro trabajo en el conocimiento de la política generado por la investigación de la ciencia política. Sólo podremos equivocarnos si basamos la teoría política en intuiciones falsas o si teorizamos únicamente en el marco de una narrativa autorreferencial de la historia de la teorización. No siempre es sencillo articular la complementariedad entre el enfoque humanístico de los teóricos políticos hacia las preguntas acerca del significado y la relevancia y el enfoque científico de los científicos políticos hacia la pregunta de la causalidad pero, no es una tarea imposible, y es esencial si pretendemos continuar unidos a pesar de nuestras diferencias.

La teoría política y la ciencia política pertenecen ambas a una disciplina cuyo cometido es mejorar nuestra comprensión de la política. En algunos aspectos, tratando de explicar los fenómenos políticos como si se tratara de explicar el curso de un río o un

ciclo de huracanes. En otros aspectos, es como si se tratase de explicar la ejecución de una sinfonía o cualquier otra actividad humana consciente y colectiva. Existe más de un tipo de pregunta para aportar al estudio de la política y es la naturaleza de la pregunta la que debería determinar el método de investigación. Necesitamos ser capaces de preguntarnos sobre todos los tipos de relaciones: causa y efecto, significado, relevancia, así como sobre las relaciones que existen entre estos. Y necesitamos determinar con cierta claridad qué tipo de conocimiento está disponible para nosotros con respecto a cada uno de ellos.

El error más grande es concluir que no podemos formular la pregunta a menos que podamos garantizar conocimiento de la respuesta. Muchas de las más importantes preguntas para el estudio de la política no son del tipo de las que “*el camino hacia su solución [está] implícito en su formulación misma*”(Berlin 1978). Deslegitimar y abandonar la investigación de esas preguntas es comportarse como el escéptico que, desesperado ante los límites del entendimiento humano, “*se niega a usar sus piernas... porque no tiene alas para volar*” (Locke 1975, libro I, cap. 1, parr. 5) Si ignoramos las preguntas humanísticas cuando estudiamos la política, veremos solamente una pequeña parte de los fenómenos políticos, e incluso, esa parte la veremos mal. Para alterar la metáfora, negar lo que puede ser aprendido de la investigación en teoría política por sus desordenadas incertidumbres y desacuerdos, es tratar un problema de visión borrosa extirpando un ojo. El resultado será que veremos como un cíclope, sin profundidad de campo.

Bibliografía

- Aldrich, John H. y Grant, Ruth W. 1993. “The Antifederalists, the First Congress, and the First Parties,” *Journal of Politics* 55, no. 2: 295-326.
- Aristóteles. 1962. *Nicomachean Ethics*. Traducido por Martin Ostwald. New York: Macmillan.
- Association of American Universities. January 2001. “America’s Research Universities: Institutions in Service to the Nation” en *White Paper*.
- Association of American Universities. May 2001. *University Research—Understanding Its Role*.
- Berlin, Isaiah. 1978. “Does Political Theory Still Exist?” en *Concepts and Categories: Philosophical Essays*, editado por Henry Hardy. London: Hogarth.
- Delbanco, Andrew. 1999. “The Decline and Fall of Literature,” *The New York Review of Books*, November 4, 1999: 32-38.
- Elster, John, editor. 1998. *Deliberative Democracy*. Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1998.
- Fearon, James y Wendt, Alexander “Rationalism vs. Constructivism: A Skeptical View,” en *Handbook of International Relations*. Editado por Walter Carlsnaes, Thomas Risse y Beth Simmons. London: Sage, 2002.

- Gay, Peter. 1966. *The Enlightenment: An Interpretation*. New York: Knopf.
- Gay, Peter. 1998. "The Living Enlightenment," in *The Tanner Lectures on Human Values*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Geertz, Clifford. 1973. *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- Goldstein, Judith y Robert O. Keohane, Robert O, editores. 1993. *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions, and Political Change*. Ithaca, NY : Cornell University Press.
- Hacking, Ian. 1999. *The Social Construction of What?* Cap. 3. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hobbes, Thomas. 1962. *Leviathan*. Editado por Michael Oakeshott. New York: Collier.
- Holland, H., Holyoak, Keith H. y Nisbet, Richard E. 1989. *Induction: Processes of Inference, Learning and Discovery*. Cambridge, MA: MIT Press, reprint edition.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W. 1991. *Dialectic of Enlightenment*. New York: Continuum.
- Hume, David. 1996. "Of the Standard of Taste," en *Selected Essays*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- Johnson, James. 1993. "Is Talk Really Cheap? Prompting Conversation between Critical Theory and Rational Choice," *American Political Science Review*, 87, no. 1: 74-86.
- Kuhn, Thomas. 1962. *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lakatos, Imre. 1970. "Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes," en *Criticism and the Growth of Knowledge*. editado por Imre Lakatos y Alan Musgrave 91-196. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Locke, John. 1975. *An Essay Concerning Human Understanding*. Editado por Peter H. Nidditch. Oxford, UK: Clarendon, 1975.
- Locke, John. 1988. *Two Treatises of Government. Second Treatise*. Editado por Peter Laslett. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Moon, Donald. 1975. "The Logic of Political Inquiry: A Synthesis of Opposed Perspectives" en *Political Science: Scope and Theory*, editado por Fred I. Grenstein y Nelson W. Polsby, chap. 2. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Nagel, Ernest y Newman, James R. 1958. *Gödel's Proof*. New York: New York University Press.
- Oakeshott, Michael. 1991. "Rationalism in Politics," en *Rationalism in Politics and Other Essays*, 5-42. Indianapolis, IN: Liberty Fund Press.

- Polanyi, Michael. 1946. *Science, Faith and Society*. London: Oxford University Press.
- Putnam, Hilary. 1981. *Reason, Truth and History*. Cambridge,UK: Cambridge University Press.
- Spragens Jr., Thomas A. 1993. "The Antinomies of Social Justice," *The Review of Politics*, 55, no. 2: 193-216.
- Talmon, Jacob. 1960. *Political Messianism: The Romantic Phase*. New York: Praeger.
- Taylor, Charles. 1977. "Interpretation and the Sciences of Man" en *Understanding and Social Inquiry*, editado por Fred R. Dallmayr y Thomas A. McCarthy, 101-31. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- Walzer, Michael. 1987. *Interpretation and Social Criticism*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Wolin, Sheldon S. 1980. "Paradigms and Political Theories," en *Paradigms and Revolutions*, editado por Gary Gutting, 160-94. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.